



Este libro cobra actual relevancia en el mundo académico ya que las ciencias sociales se han preocupado poco en estudiar un sector de la sociedad al que sólo dirigimos nuestra mirada cuando de forma “amarillista”, los medios de comunicación dan cuenta de sus condiciones de vida. En efecto, en las ciencias sociales de hoy los niños no son vistos como actores específicos.

El libro despertó en mí un gran interés a causa del trabajo de investigación que actualmente realizo en la región de la Montaña de Guerrero, lo que me ha permitido conocer a los niños en sus comunidades y en sus propios espacios, en sus casas, más no en su condición de asalariados, que tienen que trabajar en otra región, en un medio social y cultural donde son discriminados por ser pobres y por ser indios.

Este libro da cuenta de las condiciones en que se desarrolla la primera etapa de la vida de millones de mexicanos que serán adultos en un futuro no muy lejano; menciona la desnutrición y las graves deficiencias físicas que muchos de ellos padecen, como lo muestran los casos de los niños chiapanecos que viven en situaciones extraordinarias marcadas por la guerra y los desplazamientos obligatorios; habla de la explotación de la fuerza de trabajo infantil en los campos hortícolas del noroeste del país, donde los niños trabajan de manera intensiva durante largas jornadas de trabajo, en medio de un clima extremo, expuestos a sustancias agroquímicas y con la falta de servicios de higiene, educativos y de salud en las poblaciones aledañas a las zonas productivas. Todas estas condiciones provocan que los niños realicen esfuerzos exagerados para su talla, su edad y su desarrollo personal.

En el caso de Chiapas, por ejemplo, a partir de una investigación realizada en 1994 sobre la situación de los niños nacidos en comunidades con presencia zapatista, los autores encontraron que de 547 menores de cinco años de edad estudiados, 42.8% padecía un nivel de desnutrición superior al promedio nacional, con diferencias entre la población desplazada y la no



desplazada. Las gráficas que se presentan hablan por si mismas de la dramática situación que enfrenta ese sector de la población.

Por su parte, la situación de los niños jornaleros en el noroeste del país es alarmante y la mayoría de los textos incluidos en el libro dan cuenta de ello: 42% muestran algún grado de desnutrición y su salud se ve agravada por vivir en condiciones insalubres y estar expuestos a riesgos inminentes para su salud en los campos de trabajo, al clima, a la picadura de animales, al tráfico de camiones y maquinaria pesada y a la inhalación de agroquímicos, entre los más visibles. El trabajo que hace referencia al caso de los niños jornaleros en Nayarit alude de manera puntual a los daños que los plaguicidas ocasionan en los niños y alerta sobre el peligro letal al que éstos se encuentran expuestos.

Los textos hacen un énfasis especial en las graves carencias educativas que enfrentan los niños trabajadores de los campos hortícolas del noroeste, pues el 40 % de los menores que tienen entre los 6 y 14 años de edad no saben leer y 64% de los mayores de 12 años no han concluido la primaria. El ciclo migratorio no les permite continuar los estudios, además de que el tipo de jornada al que están sometidos, la cantidad de horas y lo intenso del esfuerzo que realizan no permiten que acceda con facilidad a la educación tradicional ni a programas compensatorios.

El libro muestra la situación en que el niño ejerce su trabajo y se desarrolla como integrante de núcleos sociales que lo requieren como generador de ingresos complementarios para la subsistencia familiar, además de analizar la violación de sus derechos más elementales. Pero también muestra una infancia que se expresa a pesar de estar sometida a una severa explotación. Esta expresión se manifiesta en su comportamiento y en su actitud ante problemas sustanciales de sus pueblos y comunidades como lo muestra el caso de Tepoztlán, donde los niños son “niños-pueblo”, con una clara pertenencia



social, con identidad, con deseos de luchar para resguardar un territoriopreciado con el que mantienen una relación singular.

De esta forma el texto nos muestra niños actores sociales que han “mamado” la cultura y la historia de sus pueblos, así como sus luchas y deseos, los cuales han estado encaminados a conservar un sitio seguro en el cual vivir en comunidad. Estos niños, testigos de las andanzas de su familia y amigos de la comunidad, han sido parte de esa historia cuyos mensajes, repetidos en la cotidianidad, se les han grabado.

Este es el caso de los niños de Tepoztlán que hablan con los cerros, con sus cerros que son sagrados, forman parte de su comunidad y no constituyen para ellos tierra mercantizable. Los niños en las comunidades tradicionales no son considerados como ajenos sino que son parte del pueblo mismo, participan en todas sus actividades, en el trabajo, en la toma de decisiones, en sus fiestas, en la política. La posibilidad de la pérdida de su territorio y la lucha de la que fueron testigos y participantes activos, dejó en los niños un aprendizaje que los marcará necesariamente. Los niños hablan, opinan, participan en política. Es inaplazable, nos dicen los autores de este texto, la necesidad de generar espacios en los que se escuchen también las voces de la infancia y la adolescencia y donde expresen su opinión acerca de los problemas que les conciernen.

El tema central del libro --vulnerabilidad, niños y globalización-- se desarrolla desde distintos frentes; desde los espacios comunitarios, las ciudades y los mercados de trabajo agrícola, este último tema en el que más abunda el texto. En los capítulos que abordan este tema, se introduce un contexto desde el cual tenemos que revisar la problemática infantil; la globalización, la disminución del Estado, la apuesta al mercado y a una competitividad internacional que no respeta los derechos laborales y que hacen caso omiso de toda una legislación que fue acotando las posibilidades en el empleo de menores.



En este contexto, se hace referencia a la situación crítica de la economía campesina de autosubsistencia y a la polarización provocada por políticas agrícolas erróneas que beneficiaron a la agricultura más capitalizada, y obligaron a los agricultores mexicanos a competir con productores de otros países que cuentan con altos subsidios. La apertura empobreció a los pequeños productores de granos básicos y bienes para el mercado interno e internacional. La economía familiar en el medio rural, que antes producía para el mercado interno, se hizo cada vez más deficitaria, no recibía los ingresos necesarios para su manutención y, ante una compleja problemática, tuvo que complementar su economía cada vez más con los ingresos provenientes del trabajo asalariado ejercido en la agricultura de exportación. Ha habido mayor polarización ente un sector moderno y otro de subsistencia, entre uno que requiere abundante mano de obra y otro que requiere mayores posibilidades de empleo. De esta forma, la familia campesina e indígena ha tenido que involucrar en las tareas productivas a todos sus integrantes, incluidos mujeres y niños, los cuales constituyen ya el 27% de la fuerza de trabajo ocupada en el sector agrícola de exportación.

El libro también muestra los rasgos básicos de los flujos migratorios de la población india que carga con rezagos, pero también con su cultura. Se nos documenta de manera profusa la dimensión del fenómeno migratorio entre los infantes: de los 5.2 millones de personas que laboran como jornaleras, 900 mil son infantes que trabajan en el medio rural (374 mil -- más de la tercera parte-- son niños de entre 6 y 14 años), frente a 114 mil 397 que laboran en las ciudades.

Estas familias de migrantes son contratadas en sus comunidades, desde donde tienen que emprender un largo viaje hasta el noroeste, que casi siempre terminará en una desilusión al encontrar que las promesas que les hicieron no corresponden a la realidad en los campos de trabajo: bajos salarios, jornadas extenuantes, pésimas condiciones de alojamiento.



Los niños trabajan con la misma intensidad que los adultos, sin equipo ni herramientas especiales aunque no se les permite participar en labores de fumigación. Los bebés siempre están presentes en los campos de trabajo, en la espalda de la madre y en las guarderías cuando éstas funcionan.

El texto de Francisco Cos Montiel, contiene abundante e interesante información diferenciada por sexos. Se evidencia que las niñas trabajan más que los niños pues además de las labores productivas, ocupan gran parte de su tiempo libre en el trabajo doméstico y en el cuidado de sus hermanos menores. Si la diferencia genérica es básica en cuanto a las condiciones de trabajo, también lo es en cuanto a diferencia étnica, ya que las familias indígenas tienen menores posibilidades de acceder a mejores servicios al constituir el sector más necesitado de trabajo.

Pero se nos muestra a niños y niñas actores que tienen una opinión sobre su situación de migrantes. Se nos muestra la migración como un fenómeno que por una parte, es obligatorio para los niños dadas las circunstancias económicas de sus comunidades pero que, por otra parte, implica para los niños conocer nuevos sitios, nuevas personas y nuevas formas de hacer las cosas, con lo que integran a su cultura nuevos saberes, nuevas capacidades y una nueva forma de ver el mundo. Es muy interesantes y su papel como en el caso de las niñas, y la posibilidad en fin, de anexar a su estilo de vida, los nuevos referentes. Es muy interesante ver cómo entre los niños y adolescentes trabajadores se producen cambios en cuanto a sus roles marcados por las relaciones de género. Hay cambios y no necesariamente desarraigo. Los niños pierden en educación, pero ganan en información. El texto de Francisco Cos Montiel constituye una aportación muy valiosa para nuestro conocimiento de la situación y el pensamiento de los niños indígenas jornaleros en el noroeste.

Por su parte, el texto de Kim Sánchez llama la atención sobre los lazos de solidaridad que se establecen entre los migrantes, dado que compar-



ten sus espacios vitales con paisanos, familiares y amigos; se apoyan y unen --dice la autora-- alrededor de una cultura comunitaria, por lo que existe la posibilidad de reproducir y recrear su identidad. Se les presenta así, la oportunidad de resistir y defenderse de la discriminación social y cultural a que se ven sometidos en estos lugares. Los jornaleros no son actores pasivos, sino miembros de comunidades, y así hay que reconocerlos y reconocer también que la migración es una estrategia económica para continuar con la reproducción de su vida social, cultural y política en sus lugares de origen. Se nos habla de identidad, de una identidad que se recrea.

Se trata de niños que pertenecen a su familia y a sus comunidades, niños que ya no sólo son integrantes de una comunidad con un espacio territorial definido geográficamente, sino de una comunidad itinerante que se reinventa cada seis meses en otros espacios, reflejados en una identidad que, aunque nunca ha permanecido estática, esta vez, con la migración, estará sometida a cambios más intensos. Vemos niños cuya vida está llena de riesgos y de injusticia, por lo que surge la necesidad de mejorar sus condiciones; en este sentido el libro plantea una serie de propuestas: la defensa de sus derechos, la necesidad de llamar la atención sobre su problemática, y la creación de oportunidades educativas. En particular, debería exigirse que las instancias gubernamentales intervengan de manera más directa para que en los campamentos donde habitan los jornaleros existan condiciones mínimas de bienestar, como son servicios de agua potable, sanitarios, servicios de salud, tiendas oficiales, escuelas apropiadas y lugares de esparcimiento, tal como lo establecen los derechos de los niños expresados en este rico texto.

Un tema que es ampliamente abordado en el libro es el de la educación. Se analiza la búsqueda de alternativas para que estos niños reciban una educación bilingüe tanto en sus lugares de origen como en los de destino. El segundo trabajo del libro muestra de manera detallada la situación de la enseñanza formal entre los niños migrantes y analiza las alternativas edu-



cativas que se han puesto en marcha, pero que tienen aún limitaciones para los pequeños jornaleros migrantes por sus condiciones de trabajo, su lengua materna y su cultura específica.

El texto de Marcela Ramírez evidencia la falta de acceso de estos niños a la educación. Muestra el déficit que existe en cuanto a su atención por parte de las instituciones educativas y presenta un proyecto que considera la problemática de los niños para ofrecer un servicio educativo de calidad adecuado a sus necesidades, a sus condiciones de jornalero y a su cultura con un currículo flexible, abierto y realista.

El texto de Norma Barreiro sugiere una revisión de las concepciones que existen para la erradicación del trabajo infantil, y señala que las acciones han sido limitadas y que no hay impactos visibles de los programas gubernamentales. No hay acuerdos claros entre los participantes en la polémica: ¿es necesario abolir el trabajo infantil o no se debe abolir del todo, dado que en algunas culturas está considerado como una parte fundamental del aprendizaje?

Los niños son vulnerables ante la globalización, pero la sociedad civil tiene que lograr que su inserción en los nuevos espacios sea más beneficiosa, aproveche todo lo que los pequeños migrantes están aprendiendo, produzca propuestas que les favorezcan más y genere alternativas de desarrollo comunitario.

Me parece que del libro aquí reseñado se desprende una reflexión hecha por los iroqueses reproducida en el texto sobre los niños de Tepoztlán: Los iroqueses tomaban las decisiones importantes pensando en el efecto que podrían tener en las siguientes cinco generaciones.

Beatriz Canabal Cristiani¹

¹ Profesora-investigadora del Departamento de Cultura y Desarrollo social de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Presentado en el Papalote, Museo del Niño, el 18 de octubre de 2001.